

IM MEMORIAM

D. RESURRECCION MARIA DE AZKUE

Ha acabado la vida, larga en años y fecunda en trabajos, de don Resurrección María de Azkue. En una época y en un ambiente apogeados más bien a los bienes materiales, se dedicó a atesorar aquello que el orín y la polilla no consumen, pero que la desidia y el abandono humanos dejan disiparse irremediabilmente: el patrimonio espiritual de un pueblo.

No es necesario hablar de su obra, cuyo eco ha llegado hasta a los menos interesados en las cosas del Espíritu. Su "Diccionario", su "Morfología Vasca", su "Cancionero", su "Euskalerrriaren Yakin-tza" seguirán siendo durante muchísimos años —y Dios quiera que no conserven para siempre su carácter casi exclusivo—, como lo han sido en el pasado, la fuente casi no citada por conocida de todos los investigadores. Convendría en cambio releer la ilusionada obra literaria de su juventud y la clara y elegante prosa vasca de muchos de sus trabajos científicos.

Porque don Resurrección no coleccionó jamás hojas secas. Recogió siempre brotes vivos cuya vida, lozana o próxima a extinguirse, trató amorosamente de conservar. Soñó incluso en reanimar con sus cuidados lo que le llegaba envuelto en las páginas muertas de los libros antiguos.

Su obra, más duradera realmente que el bronce o que cualquier otro metal, quedará unida a su nombre por siempre, por cuanto nuestro siempre humano pueda durar. Pero los que le hemos conocido no en la plenitud de sus fuerzas, sino agobiado por la fría vejez en la en la plenitud de sus fuerzas, sino agobiado por la fría vejez en la ción en la calle de la Ribera, conservaremos de él una imagen más dolorosa, aunque quizá más eficaz: la de la soledad espiritual de sus últimos años en medio del respeto que le rodeaba.

Zeruan gerta dedilla.

L. M.